

## **Despedida de duelo de Lorenzo Homar**

Saludos, Dorothy, Susan, Laura María, familiares, amigos, compañeros, artistas, compatriotas todos:

El Maestro Homar me enseñó que la letra no sólo es portadora de ideas sino que sola o acompañada, en sílabas, palabras u oraciones la letra es imagen decidora, forma elocuente, arquitectura que habla. Por eso y por tantas otras cosas indecibles me dirijo a ustedes hoy, no con la imagen bella que tanto le caracterizó al Maestro sino con la palabra oral que también fue su escenario a la que me acostumbró durante años al escucharle trabajar, al verle decir, al ser testigo de su hacer, discípulo de su saber.

He titulado este testimonio “Entre la herencia y la querencia” por razones que, o sin ellas, ya pronto serán evidentes.

### **Entre la herencia y la querencia**

Para algunos la vida toda es un largo aprendizaje. Para otros, los menos, la vida constituye, en su plenitud, un magisterio. Pero hay para quien la existencia es de modo simultáneo e insoslayable, tanto aprendizaje como magisterio.

Lorenzo Homar, eterno aprendiz y maestro, pertenece a esa selecta cofradía de aventureros responsables, de arriesgados acróbatas del saber que surcan el aire sin otra red protectora que su equilibrada fe en el quehacer, su vocación de aprender y enseñar en la práctica, no de uno, sino de varios oficios hermanados por la necesidad de comunicar con herramientas de belleza, de armar un tinglado donde el arabesco sea tanto signo como significado, donde la sustancia sea incontenible, desborde su continente, sea isla rebasada, afán insaciable de conversión, de convertirse en otra cosa por la magia de la conversación con los materiales a la mano, la complicidad de los colaboradores y el aporte de los espectadores.

Homar, el conversador, el que convierte, revierte, subvierte; divina perversión la suya de encontrar siempre otros caminos para verter en ellos nuevos modos de revelar verdades, aunque no sean reducibles a una explicación y por eso sean generadoras de más y más preguntas, mayores y mejores aprendizajes.

Homar, con esa *h* que sólo es muda al ser enunciada, jamás al ser caligrafiada sobre el papel, incisa en la madera, la piedra, linóleo o metal donde el surco anuncia y denuncia con igual bravura una firma estampada o esgrafiada, Homar con *h* o sin ella, ha hecho temblar más de una vez con su hiriente elocuencia a los poderosos, que por ser poderosos, son temerosos.

Homar, con ese trasunto árabe-mallorquín, boricua-manhatteño, trampolín entre islas, saltarín mortal de abecedarios clásico-criollos, orfebre de escenarios, coreógrafo de carteles, pintor del jazz, dibujante melódico, caricaturista barroco, diseñador dramático, lega una herencia de saberes y sabores, de amores y de humores, de aguerrida impaciencia por lograr la justicia y la paz, la libertad arrancada a una dependencia dominadora.

Beligerante artista como muestra su libro *Aquí en la lucha*, sus armas, fueron, exceptuando en las batallas libradas contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial, armas que esgrimió en filigranas de pincel, lápiz, gubia o buril sin olvidar el doble filo de su lengua certera para nombrar, apostrofar, condenar, y cuando era meritorio, celebrar, y esas armas las pulió por décadas, las ejercitó en gestas, obras, polémicas, homenajes, defensas de los necesitados y castigo de los abusadores de la abundancia.

Hizo del trabajo creador una religión proselitista creyendo y creando a diestra y siniestra (más a la siniestra, aunque con mano diestra) con entusiasmo contagioso y generosidad de conocimientos espoleados por una curiosidad enciclopédica.

Cuando hace poco una de las monjas que lo atendía le preguntó si creía en Dios, el Maestro Homar le contestó con otra pregunta: “¿Y usted, a qué se dedica?” Al su interlocutora contestarle que ella era monja el Maestro le ripostó de inmediato con una corta y terminante declaración: “Pues yo soy artista.”

Maestro de la elipsis tanto en el tiempo como en el espacio, Homar sabía deslizar línea, color, acento sin aparente esfuerzo y directo a la yugular.

También podía convocar de modo mágico atmósferas cromáticas de una musicalidad rayando en el éxtasis como demuestra el *Portafolio Casals* y el blanquinegro *Unicornio en la Isla* tan de colorida sugerencia por la plata de sus grises. Ese mismo gris que torna azul el horizonte marino vislumbrado desde la ventana de su último hogar terrenal en la Puerta de Tierra que le vio nacer y le vio morir, en la isla como escenario, telón de boca locuaz que devela un proscenio de palabras danzantes con las que el artista coreografía ideas, conceptos, ataca, contra ataca, danza, contra danza en colores incorporados por la mano gesticulante. Mano bailarina que ejecuta piruetas, pirotecnias letradas, oraciones que no llegan a ser plegarias porque obedecen a un mandato mayor, a una mayúscula capitular en el libro de horas de una isla fuera del tiempo.

Después de larga ausencia retorna el artista al país natal, querencia que guía su regreso, el re-descubrimiento de Puerto Rico con la mano al ojo ligada trazando el camino del retorno tanto a buscar su herencia como a legarla enriquecida.

Querencia que es herencia trascendida, que lee en la madera y el lienzo mensajes cifrados, desentrañando del nudo y la urdimbre secretos que la gubia y el pincel revelan como grandes verdades tan evidentes una vez reveladas que confirman la sensación de que siempre allí estuvieron esperando el mandato del director de escena para que el foco perseguidor de luz ambarina se posara sobre ella difuminando su entorno, activando su cuerpo en grácil movimiento concertado de piernas, torso, brazos, cuello, cabeza iluminada.

Son tantas las veces que me sorprende elaborando una imagen cuando llega el momento inevitable en que siento al Maestro Homar inclinarse sobre mi hombro, asomar su mirada multiplicada por los espejuelos centelleantes y entonces le pregunto y le seguiré preguntando, pues es mi referente tan obligado como escogido: “¿Qué le parece, Maestro? ¿Lo estoy haciendo bien?” o más bien: “¿estoy haciendo lo máximo que puedo y lo que no puedo también?”

El silencio entonces es mi mayor seguridad, porque sé que si calla es que voy bien, si no oigo el rayo de su voz admonitoria es que mi mano está respetando y respondiendo al diálogo con las herramientas y los materiales en la gestación de la idea hecha imagen.

“Nos echaron del paraíso, pero el paraíso no fue destruido” talla el Maestro Homar en madera lapidaria el texto legendario de Franz Kafka. Repito: “Nos echaron del paraíso pero el paraíso no fue destruido.”

Como apuntara Arcadio Díaz Quiñones, que analizó con deslumbrante lucidez la trayectoria del Maestro de norte a sur, de afuera adentro, de ayer a hoy, a mediados del siglo pasado, cuando era mayor la emigración de boricuas al norte, el artista Homar hace el camino a la inversa y regresa después que necesidades económicas llevaran a la familia Homar, como a tantas otras, a la otra orilla.

La querencia lo llama, tiene que volver a reclamar y a la vez a establecer la herencia patria, declarar paisaje y paisanaje, nombrar los colores, pintar las palabras, gritar que el emperador está desnudo, plantar la bandera puertorriqueña aún proscrita, anunciar la libertad, denunciar la colonia.

“Nos echaron del paraíso, pero el paraíso no fue destruido.” Estas palabras las rescata del centro de Europa al centro del Caribe uno de los primeros hijos de la diáspora nuestra, las hace suyas en el regreso y el reclamo, en la pérdida pasada y la demanda de lo propio en un presente que no acepta postposición. Estas palabras de Kafka talladas por Homar son testimonio y testamento al cual nuestro maestro contribuyó y continúa contribuyendo con una obra de salvamento, sembrando donde otros destruyeron, abonando donde muchos saquearon, cultivando donde tantos pisotearon y pisotean.

El paraíso no fue destruido *del todo* y durante medio siglo el artista Homar, el Maestro Homar se dedica a recrear tanto el paraíso como a denunciar el infierno y sobrevivir al purgatorio y en esto no escatima pasión ni compasión, hace tanto la guerra como cimienta la paz blandiendo lengua, gubia y pincel a troche y moche.

Pero en ese proceso, en esa lucha, en el fragor mismo de las batallas el Maestro va fraguando un paraíso asediado por el ángel exterminador, y el artista Homar, tanto en el bullicioso día del taller colectivo en este Instituto que hoy le rinde homenaje, como en el silencio solitario de la noche donde le roba horas al sueño y compañía a su familia, labora incansable el paraíso jamás perdido de la creación, sin siquiera el séptimo día del descanso sagrado, porque sabe que el ángel del olvido le espera en la puerta del hogar y del taller y tiene que apurarse antes que las sombras borren las luces que sus mano trazan, antes que el silencio apague las palabras que con amor Homar transcribe de la columna trajana a la plena borinqueña.

Aquí estamos hoy Maestro Homar, no tanto para recordarlo a usted, sino para celebrarlo, invocararlo, avocararlo ahora que como entonces, como siempre, desde que tenemos memoria, este paraíso, el suyo y el nuestro, está intervenido y amenazado de ser destruido.

Descanse en paz, Maestro, usted tan aguerrido, merecedor de reposo, incansable creador. Nosotros sus familiares, amigos, compañeros, compatriotas, discípulos todos le agradecemos su lucha y nos proponemos honrar su herencia, ser fieles a su querencia. Gracias.

Antonio Martorell  
18 de febrero de 2004